

PERMANENCIA, CONTINUIDAD Y CAMBIO DEL MOVIMIENTO UNIVERSITARIO

(REFLEXIONES A PROPÓSITO DE LA EVOCACIÓN DE LA REFORMA DE CÓRDOBA)

VÍCTOR MANUEL MONCAYO*

El pretexto cronológico que nos lleva a evocar la significación de la muy mentada “reforma de Córdoba”, es propicio para examinar el papel que nunca ha dejado de representar la juventud universitaria, cualquiera que sea la sociedad de que se trate y el momento histórico que se analice.

Una explicación obvia, y siempre recurrente, remite a las características propias del comportamiento de quienes apenas despuntan en el protagonismo social, que los vuelve proclives, casi por sentimiento, a actitudes de protesta e insubordinación en “trance de heroísmo”, soportadas por la pureza y altruismo de quienes por razones temporales aún no han “tenido tiempo de contaminarse”¹.

Aún cuando sin duda esos rasgos pueden ser influyentes, coadyuvantes y hasta determinantes, no es menos cierto que la razón más que subjetiva tiene que ser histórica. En efecto, los colectivos que transitan por el sistema educativo y, en particular, por la Universidad constituyen una parte esencial de quienes ingresan de manera renovada a los circuitos de la organización social y productiva, pero que previamente han de adquirir determinados niveles de formación y calificación. Es esta circunstancia la que explica que de manera permanente, como sujetos del proceso educativo, experimenten y reaccionen frente a los rasgos propios del sistema educativo que, además, están interconectados de manera compleja con las cambiantes

* Ex rector de la Universidad Nacional de Colombia.

1 Así lo proclamaron, por ejemplo, los suscriptores del “Manifiesto Liminar de la reforma universitaria”: “La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de con-

taminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando”. Texto publicado recientemente por CLACSO en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* N°5, Marzo de 2008.

características de la organización societaria en un momento o en una época determinados.

Ahora bien; consideradas las sociedades de nuestro tiempo, en las cuales rige y se reproduce el sistema de organización capitalista, la universidad como parte de ellas es, por lo tanto, escenario de sus transformaciones periódicas, así como de los cambios y vicisitudes de sus regímenes políticos. En ese contexto, los colectivos del sistema educativo y, en especial, de la Universidad, son actores de ese devenir, con acentos y sentidos en cada caso diferentes. Su inevitable presencia, se vuelve así continua aunque cambiante.

LA SIGNIFICACIÓN DEL “CORDOBAZO” DE 1918

Situados en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, sin entrar en las particularidades del análisis, no hay duda que, como ocurrió en otras

latitudes del continente latinoamericano, se encontraba aún en proceso de ruptura con el pasado colonial y en el camino de la construcción de una sociedad nacional, en el marco del desarrollo capitalista de la primera posguerra que, de una parte redefinió las relaciones de dependencia a nivel mundial y, de otra, incidió en el caso de nuestro continente en las orientaciones de los procesos internos de desarrollo económico de cada una de las sociedades que lo integran.

La Universidad heredada del régimen colonial no guardaba correspondencia alguna con las nuevas exigencias del desarrollo, que demandaba no sólo otro tipo de formaciones, sino una apertura liberal a las ciencias y una ampliación del acceso de las nuevas y amplias capas medias a la educación. El obstáculo que la Universidad representaba era paradigmático en Córdoba².

2 Las citas siguientes son tomadas del texto *La Reforma Universitaria de 1918: el primer cordobazo*. Pablo Rieznik. www.tribunadocente.com.ar

La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de fierro; cada manzana tiene un claustro con monjas y frailes; los colegios son claustros; toda la ciencia escolástica de la Edad Media es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia, contra todo lo que salga del texto y el comentario. Córdoba no sabe que existe en la tierra otra cosa que no sea Córdoba (D. E. Sarmiento, *Facundo*).

Entrar en la vetusta casa en que funciona la universidad es caer bajo la obsesión de imágenes eclesiásticas. En medio del patio nos encontramos con una gran estatua de fray de Trejo y Sanabria, estatua bastante pesada para que no pudiera ser volteada a lazo en la última revuelta estudiantil (J. B. Justo, *Discursos y Ensayos Políticos*).

[...] nada alteraba la paz colonial, nada conmovía la oligarquía cultural, apéndice de la Iglesia que controlaba los claustros (J. C. Portantiero, *Estudiantes y Política en América Latina*).

Más allá del mito, el movimiento de Córdoba tuvo, como otros tantos, su origen en reivindicaciones gremiales y académicas de la organización estudiantil que, luego de ser negadas y gracias al relativo apoyo del Presidente Hipólito Irigoyen, confluyeron en un proceso de designación de rector en el cual la candidatura estudiantil fue derrotada por la del grupo dominante “Corda Frates”, lo cual

radicalizó la lucha y la reorientó hacia un cuestionamiento más profundo de la estructura del gobierno universitario, en términos de co-gobierno y de autonomía universitaria, proclamados en el Manifiesto Liminar, incluso con pretensiones superiores de cambio del orden social mismo.

El movimiento se tomó las calles en Córdoba, los gremios obreros se adhirieron, las concentraciones populares superaron las 10.000 personas cuando los alumnos universitarios apenas llegaban a 1500, y se replicó solidariamente en numerosas localidades de toda la nación argentina.

Los desarrollos posteriores condujeron a una verdadera cooptación de las reivindicaciones, pues con ocasión de una segunda intervención de la Universidad, se recogieron todas aquellas que suponían la modernización de la enseñanza, en función de las necesidades de nuevos profesionales reclamados por la industria, por las empresas agropecuarias, por la organización del Estado comprometido con las obras de infraestructura y los planes de vivienda, salud y transporte, pero se eludieron aquellas relativas a una verdadera democratización del poder universitario y a la redefinición del vínculo de la Universidad con los problemas reales del país.

Pero, es preciso reconocer que aquel llamado latinoamericanista del Manifiesto Liminar produjo importantes efectos en Perú, Chile, México, Cuba, Venezuela, Guatemala y Brasil, en donde las circunstancias de la época también exigían una readecuación de la Universidad heredada de la colonia, que concitó también reivindicaciones y movimientos estudiantiles, que si bien contribuyeron a las necesidades particulares del desarrollo capitalista, representaron de igual forma canteras importantes de la insurrección social y popular y oportunidades para experiencias de fusión con otros movimientos sociales, influenciados ya por los acontecimientos de las revoluciones mexicana y bolchevique o por tendencias libertarias.

En el caso colombiano, con otras particularidades de desarrollo capitalista interno, pero también marcado por la necesidad de la construcción y consolidación de una sociedad nacional, algunos dirigentes avanzados del liberalismo reclamaron años antes de la reforma de Córdoba (1909) una universidad que fuera verdadera expresión de la unidad nacional, moderna, actual, evolutiva y experimental (Moncayo, 2005),³ lo cual confluyó con significativas

manifestaciones universitarias que enlazaron a organizaciones democrático populares en su protesta contra el régimen dictatorial de Reyes que buscaba, además, crear condiciones para regularizar las relaciones con los Estados Unidos afectadas por la amputación de Panamá, sin que ni siquiera mediara indemnización o compensación alguna.

En momentos posteriores, la influencia de Córdoba se hace explícita en 1928 en boca del estudiante de entonces Gerardo Molina, quien más tarde llegó a ser muy importante rector de la Universidad Nacional de Colombia, bajo el régimen modernizante del presidente López Pumarejo (1944) (Molina, 2001).

Ahora bien, más allá de esa influencia inmediata del movimiento de Córdoba, las reivindicaciones universitarias continuaron en América Latina durante buena parte del siglo XX, abrevando en el marco ideológico-político de aquel manifiesto liminar. Al fin y al cabo, las características del desarrollo capitalista siguieron demandando no sólo que la Universidad representara un papel central en la consolidación de un proyecto nacional, sino su vinculación a unas tareas de formación profesional y disciplinaria y en cierto grado a los resultados de la creación científica, alrededor de lo cual pudieron florecer reivindi-

3 Nos referimos al dirigente Rafael Uribe.

caciones sobre el más amplio, libre y gratuito acceso a la educación superior, la necesidad de que el Estado asuma la responsabilidad presupuestal de las universidades estatales, la democratización del gobierno universitario, la autonomía en todos los órdenes, la capacidad de actuar con independencia frente a los problemas sociales, y la protección del accionar democrático para garantizar la función crítica. Como ocurrió con ocasión del movimiento de Córdoba, algunas de ellas fueron integradas en función de las necesidades del desarrollo capitalista del momento o de las pretensiones más inmediatas de los regímenes políticos o de los gobiernos, pero siempre las centrales, es decir las relativas al gobierno interno y a la autonomía política de las universidades, han sido desatendidas o deslegitimadas, sobre todo asociándolas a alternativas subversivas o más recientemente ligándolas de manera absurda como parte del accionar terrorista.

EL VIRAJE DEL MAYO FRANCÉS

En medio de la permanencia y continuidad del movimiento universitario al cual venimos haciendo referencia, su carácter y su signo adquirieron un nuevo valor en el mayo francés.

Como ocurre siempre con los acontecimientos que ingresan en el territorio mitológico, son muchas las dificultades que se enfrentan para aprehender su verdadera significación, aún cuando hayan ya transcurrido cuarenta años. La sociedad del espectáculo, para emplear la expresión de Guy Debord (Debord, 1988), ha logrado a propósito del mayo francés organizar con maestría la ignorancia de lo ocurrido, para ocultar y hacer olvidar lo más importante y significativo.

En efecto, mayo del 68 no fue una conspiración anarco-marxista que sirvió finalmente al fortalecimiento del régimen gaullista, ni un aquelarre lúdico del cual surgió el fin de las ideologías y el individualismo contemporáneo, sino una protesta social sin precedentes que enlazó al movimiento estudiantil de las barricadas de París con las ocupaciones de fábricas y las huelgas obreras, en lo que muchos han bien denominado un ensayo general revolucionario que puso en aprietos a la burguesía francesa y a su gobierno.

Una vez más, el movimiento universitario fue el actor social que hizo detonar en el escenario socio-político la gran transformación que empezaba a experimentar el capitalismo. La fábrica resultante del esquema fordista-taylorista-keynesiano mostraba ya

signos de desfallecimiento como lugar de producción y de valorización, dando paso a la intervención de la sociedad entera con el auxilio de la informatización social y, sobre todo, permitiendo que la expresión de quienes, como lo eran los estudiantes, representaban como trabajo intelectual el nuevo centro de la creación de valor.

Por ello, la revolución de mayo fue, quizás por primera vez de manera real, mucho más allá de las pretensiones de reforma académica, para asumir la crítica de la familia, del Estado, de las iglesias, de todas las posiciones partidistas y sindicales y, muy especialmente, de esos dos modelos socioeconómicos supuestamente opuestos cristalizados durante la guerra fría. No se trataba, pues, de la frase vacía, que se quiere ligar al pensamiento lúdico, “la imaginación al poder”, sino de una verdadera reorientación de la problemática revolucionaria como la expuesta en este texto al cual pertenece la mediática frase:

Queremos que la revolución que comienza liquide no sólo la sociedad capitalista sino también la sociedad industrial. La sociedad de consumo morirá de muerte violenta. La sociedad de la alienación desaparecerá de la historia. Estamos inventando un mundo nuevo original. La imaginación al poder.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS UNIVERSITARIOS EN LA ERA NEOLIBERAL

En los comienzos de este nuevo siglo, que como bien lo ha indicado Negri en realidad se anticipó treinta años, pues las cosas empezaron a ser distintas desde aquel mayo del 68 (Negri, 1992), la Universidad está inmersa ya en esa gran transformación del capitalismo que hemos convenido en llamar genéricamente la era neoliberal.

Todavía permanecen algunos ecos de las reivindicaciones universitarias de Córdoba, pues aún se cree que algo queda de los proyectos nacionales y sigue estando a la orden del día la problemática del acceso universal y gratuito, de la democracia interna o de la autonomía como baluarte de espacios de crítica social y política, pero es indudable que asistimos hoy a la altura del 2008, y así lo muestran las expresiones de protesta de los universitarios en Europa y en América Latina, a una lucha que tiene como horizonte impedir que el conocimiento sea excluido de la Universidad para ser sustituido por las prácticas vacías del aprendizaje en el manejo de la información.

Lo que está en trance de ocurrir y que ya ha avanzado suficientemente, es que la Universi-

dad intervenga cada vez más como una empresa de calificación de una nueva fuerza laboral profesional, que tenga en cuenta que hoy lo esencial en cuanto a creación de valor, a producción de riqueza, pasa no tanto por el trabajo vivo material, sino por la acción inmaterial de los hombres, pero que impida el proceso que necesariamente debe conducir a que la educación y el conocimiento sean definitivamente bienes comunes.

Los retos que esta nueva situación plantea son enormes. En primer lugar, hay que remontar la opinión, muy común en el medio universitario, de sumergirse en las prácticas académicas, cediendo el lugar al pensamiento ingenuo de que la Universidad es externa a la sociedad y que sólo establece con ésta relaciones de comunicación. Se desconoce así que la Universidad no sólo es parte del conjunto social, sino que cumple respecto de él una misión determinada.

A ese propósito siempre se proclama que la Universidad es el mundo privilegiado de la academia, de las ciencias y tecnologías, del saber, de la cultura y de las artes, y que como tal debe ser la esfera por antonomasia de la libertad de pensamiento y de expresión y el reino máximo de la tolerancia y del reconocimiento del pluralismo. Pero, no se dice también que por la

Universidad cruzan los problemas y contradicciones sociales, y que es posible en ella y desde ella intervenir aportando visiones críticas, a partir de lo que representa su esencia.

En esa perspectiva, hay que decir, una y otra vez, que la Universidad está comprometida por los cambios que se vienen escenificando en esta época histórica del capitalismo que estamos viviendo. No se trata, como en otros momentos, de transformaciones de coyuntura, sino de una reorganización profunda de la organización social productiva que ha hecho obsoletos los mismos paradigmas explicativos o críticos que quizás fueron válidos en otros momentos.

Uno de los puntos centrales de esa reestructuración toca con la redefinición del trabajo, cuyos nuevos perfiles han permitido hablar de la difusión del mismo en la sociedad, pues ya no depende de un agregado de horas, ni responde a una actividad mecánica, ni está focalizado en un lugar autónomo y cerrado, en sitios fabriles y en oficinas, sino que se despliega en cualquier espacio, en todos los intersticios de las relaciones sociales. Y al mismo tiempo que ya la producción no está determinada por el trabajo material, el Estado ha cambiado de misión, nuestras mismas individualidades se interrogan de manera múltiple más allá de las categorías simples de hombre

y ciudadano, y las nuevas formas del trabajo han desplegado al tiempo nuevos espacios de esclavitud y de libertad.

Desde otro ángulo, el orden global del Imperio⁴ ha hecho desaparecer la anterior misión de los estados nacionales, que subsisten sólo como estructuras jurídico-formales, pero que ya nada tienen que ver con la reivindicación de tradiciones, historias, culturas o etnias nacionales, y que han quedado desposeídos de la soberanía que antes proclamaban sobre el territorio, sus riquezas, sus pueblos, su moneda, su orden jurídico...y los ha subordinado a las estrategias del capitalismo global definidas en novedosos espacios del poder imperial, de los cuales son ejemplo las organizaciones mundiales de comercio, que buscan integrar la educación como bien mercantil.

Esos rasgos o características del mundo contemporáneo que en otro momento hemos abordado (Moncayo, 2004), tienen repercusiones significativas en el campo de la educación superior. Ya no se reconoce, por ejemplo, que el Estado tenga una especial responsabilidad frente a las Universidades que él mismo había organizado y protegido, y que incluso reclama-

ba para fortalecer la idea nacional, como es el caso de las Universidades de carácter nacional que existen en nuestro continente, sino que ellas deben comportarse como cualquier otra institución de idéntico género en el mismo mercado en el cual actúan, y su reconocimiento y acreditación deben ser resultados de cómo pueden competir en él con éxito.

De igual manera, como se ha transformado el trabajo y también las exigencias de calificación profesional, y ya no existen las perspectivas y necesidades de vinculación laboral de otrora, deben concluir las ahora llamadas rigideces de los saberes, disciplinas y profesiones, para abrir paso a las competencias múltiples, flexibles y asociativas demandadas hoy, que, además, no se suministran de manera exclusiva por las Universidades, sino también en otras instancias privadas.

Y claro está, como se trata de un comportamiento de típica connotación mercantil, de manera progresiva el Estado tiene que abandonar a su propia suerte el financiamiento de las Universidades Estatales, en forma semejante a como ya lo viene haciendo en otros sectores de la educación, en la salud o en la seguridad social.

El movimiento universitario tiene la responsabilidad de asumir en profundidad esos desafíos

4 Utilizamos esta expresión en el sentido asignado por la obra teórica y política de Toni Negri.

políticoss, para saber el sentido de los nuevos términos de la confrontación, que permitan continuar en la misma senda abierta por Córdoba en el 18, profundizada en el mayo francés y que hoy avanza en los conflictos que se escenifican frente a la Universidad neoliberal de nuestros tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

Mariátegui, José Carlos 2008 “La reforma Universitaria. Ideología y reivindicaciones” en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano N°5* (Buenos Aires: CLACSO).

Debord, Guy 1988 *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo* (Madrid: Anagrama).

Molina, Gerardo 2001 *Gerardo Molina y la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá: Ediciones Universidad Nacional de Colombia).

Moncayo, Víctor Manuel 2004 *El Leviatán derrotado* (Bogotá: Norma).

Moncayo, Víctor Manuel 2005 *Universidad Nacional-Espacio Crítico* (Bogotá: Aurora).

Negri, Toni “El siglo XX casi no ha existido” en *El País* (Babelia) 14 de Marzo de 1992.

Rieznik, Pablo 2008 *La reforma universitaria de 1918: el primer cordobazo* en <http://www.tribunadocente.com.ar>